

llena de este espíritu que *escruta las divinas profundidades* <sup>1</sup>. El abismo de su humildad atrae en ella, y por torrentes, las luces que brotan éternamente de este abismo que es el seno del Padre, y se sirve de ellas para iluminar sus pasos : lo que hace esto absolutamente incomparable. El verbo que tiene en sus brazos y cuyo corazón late sobre el suyo, le es como un libro abierto. Ella lee : *Bienaventurados los pobres* <sup>2</sup>. El Evangelio es el bien de los pobres <sup>3</sup> ; el reino de los cielos es de los pobres <sup>4</sup>. Ella entiende que debe permanecer pobre y colocarse en el rango de los pobres, tomar sus costumbres y hacerse adecuada á su condicion. O humildad querida, que se traduce por la pobreza, que con ella se cubre y se corona ! Cómo es cierta áquella ! Cómo es verdadera y sincera <sup>5</sup> ! »

cadoras ; c) la madre de Dios se presenta como la madre de un hijo ordinario ; d) la reina del cielo viene á presentar la ofrenda de la pobreza y de la indigencia. Qué ejemplo para nosotros ! (Dehaut. *El Evangelio explic.* 1. p. 2. sec. p. 12).

1. I. Cor, II, 10. — 2. Mat. v. 3. — 3. Luc. IV, 18. — 4. Luc. VI, 20.

5. Gay, *Confer. á las madres crist.* 34, conf. — Observémos que San Lucas no hace mencion alguna del cordero, para enseñarnos que Maria se condujo cómo los pobres ; sino que no há juzgado á proposito el especificar más la oblacion de la Madre de Jesus : *Ella ofreció segun la ley, dice, dos pichones ó dos tortolas*. Pero cuál de las dos parejas, las tortolas ó los pichones ? El Evangelio no lo dice, porque es una circunstancia inutil á nuestra instruccion ; lo que importaba no ignorarse, es que Jesus y su Madre amaban la humildad y la pobreza. Por lo demás, las tortolas y los pichones eran igualmente convenientes por sus misteriosas significaciones, que el doctor angelico há tenido cuidado de esponer ; 3. p. q. 37. a. 4. ad 4. La tortola, dice, por sus continuos arrullos, significa la predicacion del Evangelio y la confesion de la fé : animal casto, representa la castidad ; animal solitario, es la figura de la contemplacion. La paloma, animal lleno de dulzura y de sencillez, es el emblema de estas dos virtudes ; ella vive en la sociedad, lo que significa la vida activa ; y así la hostia ofrecida por Maria figuraba ó representaba la perfeccion de Cristo y de sus miem-

Qué hermoso modelo, cristanos, pero cómo distámos, ay ! en imitarlo. No somos nosotros quiénes, cómo Maria, olvidámos nuestras prerogativas ; no somos nosotros quiénes nos confundimos en medio de la multitud, cuando tenemos el menor motivo para separarnos y para no exhibirnos entre ella. Por el contrario, cuántos hay entre nosotros que se atreven tambien á adornarse con meritos y virtudes que nunca hán tenido ! « La gracia, dice un Padre, habia élevado á la Santa Virgen por encima de la ley, pero la humildad la há puesto por debajo <sup>1</sup>. » En cuánto á nosotros, es todo lo contrario lo que se puede decir : sometidos á la ley por el pecado, no buscamos más que á dispensarnos por el orgullo.

Aprovechémos el ejemplo que la Santísima Virgen nos dá en este dia, para esforzarnos á entrar, por ultimo, en sentimientos completamente opuestos. En lugar de ponernos en evidencia, permanezcámos en la oscuridad ; en lugar de buscar el hacernos valer, busquémos el hacernos olvidar ; en lugar de singularizarnos de alguna manera, limitémosnos á la sencilla, pero escrupulosa observancia de todos nuestros deberes. Quizás los hombres, al vernos obrar así, no tendrán una grande idea de nuestros talentos y meritos. Qué importa, ó tanto mejor ! No es la aprobacion de los hombres que es necesario buscar, sino la de Dios. La tendrémos, si somos verdaderamente humildes, puesto que él humilla al orgulloso, tanto como se complace en ensalzar á los humildes <sup>2</sup>.

bro. Ambas tienen la costumbre de gemir : es el simbolo de los suspiros y de las amarguras de los santos aqui bajo ; pero la tortola, que gime solitaria, representa particularmente las lagrimas que el alma justa desparrama, en secreto, durante la oracion ; mientras que la paloma, que vive en sociedad, representa los gemidos de la Iglesia en sus solemnes oraciones y en las calamidades publicas. Por ultimo, añade el gran doctor, se ofrece una pareja de cada especie, para recordar que la santidad debe estar á la vez, yá en el alma, yá en el cuerpo. (Petitalot. *La Virgen Madre*, c. 12, n. 2).

1. S. Inst. *Serm. de Purific.*

2. Luc. I, 52. — Permitidme preguntar á la más pura de las virge-

*Conclusion.* — La prudencia, la obediencia y la humildad, tales son las tres principales virtudes que la Santísima Virgen practica en este día de su purificación, y que ella nos predica con su ejemplo.

nes, qué necesidad os ha obligado à someteros à esta ley? Ella no os concernia, no obligaba màs que à las mujeres reputadas impuras despues del parto. En cuánto à vos, que erais purisima antes del parto del Salvador, habeis permanecido más pura que los mismos astros despues del parto. Mucho más, la misma ley os exceptua formalmente, pues-to que no se aplica màs que à la *mujer que es madre despues de haber usado del matrimonio*. Levit. xii, 2. Luego à qué haber añadido estas palabras? No debian aparecer superfluas, si el legislador no hubiéramos tenido presente una mujer que debía concebir y parir, por un medio completamente diferente? Antes de responder à esta pregunta, examinémos, en pocos palabras, cuáles son, yà los sentimientos, yà la conducta ordinaria del Señor nuestro Dios. *Quién es parecido al Señor nuestro Dios, que reside en los más elevados lugares, y que mira lo que hay de más humilde debajo del cielo y sobre la tierra?* pregunta el profeta. Ps. cxii, 5... Voy à referiros dos hechos que os harán ver cuánto la humildad es agradable à Dios, y cuánto le es odioso el orgullo. El primer hombre habia recibido para él y para los suyos la hérencia del reino celeste, y con el don de la justicia original, el de la inmortalidad. Quiso, por un solo acto de orgullo, hacerse semejante à Dios, y no solamente perdió estos dones tán excelentes, sino que precipitó en la muerte éterna al mundo entero, es decir, à todos los hombres de todos los siglos. Otro hombre, por el contrario, Jesucristo, se ha humillado hasta la muerte en la cruz, y por este acto de profunda humillacion, ha obtenido la salvacion del mundo. Asi por un lado un solo pecado de orgullo tiene para el mundo entero un principio de ruína, y por otro, un acto brillante de humildad ha levantado y reparado las ruínas del mundo. Qué más se puede decir para confusion del orgullo y para gloria de la humildad? Sin embargo, añadiré otro ejemplo que no es menos notable. En el orden establecido entre las criaturas inteligentes, existe diferentes grados de los cuáles el primero y el ultimo están necesariamente ocupados, el uno por la criatura más elevada, y el otro por la criatura más baja. En este ultimo grado se encuentra el hombre, y en la misma especie, debajo de él, la mujer. En el rango más elevado, cómo lo enseña comun-

Ella practica y nos predica asi la prudencia respecto del projimo, con el fin de que ninguna de nuestras acciones, aun las más legítimas, no pueda escandalizarle. Ella practica y nos predica asi la

mente la Iglesia, están colocados los serafines, espíritus bienaventurados que son más parecidos à Dios y más proximos à él que los demas. Lucifer estaba à su cabeza... Asi, pues, el angel ha sido colocado en el primer rango, y la mujer en el ultimo. Pero ha sucedido que la humildad la más profunda se ha reconcentrado en la mujer, es decir, en la Santa Virgen, mientras que el extremo del orgullo se ha mostrado en el angel; de donde ha resultado que Maria, por su humildad, se ha elevado à la primera de todas las dignidades entre las criaturas, y que el angel, à causa de su orgullo, ha sido precipitado de las más sublimes alturas de los cielos en el fondo del abismo. Todo el orden admirable que Dios habia establecido primitivamente en la naturaleza, ha sido invertido por el orgullo y la humildad! Hé aquí su obra; el uno ha hecho decaer la criatura más sublime, y el otro ha levantado à la criatura más baja à una incomensurable altura. Puedese concebir algo más maravilloso que un semejante cambio? Si, existe un prodigio más asombroso todavia; es el de ver que la humildad de Maria, esta humildad tán saludable y tán gloriosa para la Santísima Virgen, tenga tán pocos partidarios, mientras que el orgullo de Lucifer, no obstante el castigo terrible que ha atraído al príncipe de los demonios, tiene numerosos imitadores. Es à ellos que se dirijen estas exclamaciones de San Bernardo: « À quién seguís, desgraciados, à quién seguís? No véis à Satanás caer del cielo como un relampago? Si él ha caído, poro haberse enorgullecido del rango sublime en que estaba colocado, cómo vosotros, que teneis el ultimo, podréis subir, enorgulleciéndose de vuestra bajeza? Si es asi, cómo se hace, pues, que este castigo temible del orgullo no os asusta, y que la magnífica recompensa de la humildad no os obligue à practicar esta virtud? Cuentase de un juez que se mostro tán exacto y tán severo en el ejercicio de sus funciones, que el príncipe, para recompensar su celo, le hizo magníficos regalos; lo cuál fué motivo para que un gran numero de jueces se esforzaran por imitar la diligencia y la severidad del primero, con la esperanza de los mismos favores. Asi el ejemplo y la recompensa de este solo magistrado excitaron en los demás, una multitud de imitadores que tuvieron la misma virtud y la misma suerte.

obediencia á todas las leyes, con el objeto de que su perfecto cumplimiento nos concilie la amistad de Dios, y nos merezca las recompensas que há prometido á sus fieles servidores. Por ultimo, ella

Puesto que el Señor há colmado la humildad de dones tan magnificos en la persona de Maria, cómo la grandeza de la recompensa no excita en nuestros corazones un ardiente deseo de imitar á esta Santa Virgen? Dios qué es, por excelencia, el amigo de la humildad, puede hacer más para llevarnos al amor de esta virtud? Si este medio nos encuentra indiferentes, qué otro nos encontrará sensibles? Si el castigo terrible del orgullo no nos asusta, qué castigo podrá hacerlo? Pero es yá tiempo de volver á la pregunta formulada. La Santa Virgen, penetrada de esta doctrina celestial, buscaba siempre el ultimo puesto, y, pareciendo siempre despreciable á sus propios ojos, aprovechaba todas las ocasiones para practicar la humildad. Como la ley de la purificacion era una ley completamente de humildad, Maria quiso purificarse, aunque no estuviése sujeta á esta prescripcion, puesto que la ley misma, respetando su pudor y su honor, la exceptuaba de la obligacion comun á las demas mujeres. En qué este honor, del cuál Dios os habia favorecido tan maravillosamente, oh Maria! podia perjudicaros? El legislador no habia tenido presente más que á vos sola; es de vuestro honor solo que él habia tenido cuidado, haciendo esta ley. Vos no lo habéis solicitado, os há sido ofrecido. Porqué esta diligencia en sustraeros? Qué puede haber para vos de funesto? Ah! es que el alma verdaderamente humilde teme el honor, de cualquier parte que venga. Hay, en efecto, tanto peligro en los honores, que el hombre virtuoso no podrá nunca temerlos bastante. De ahí esta palabra de San Bernardo: « Cada vez que en un corazón carnal, enorgullecido por las dignidades terrestres, se muestra la más pequeña chispa del celeste amor, es preciso ver allí no la virtud del hombre, sino un don completamente divino. De donde se sigue que se debe temer las dignidades y los honores de cualquier mano que nos sean ofrecidos. Saul habia recibido la dignidad real, y sin embargo esta dignidad fué la causa de su ruina, cuando enorgulleciéndose por los beneficios que tenia de Dios, se hizo levantar un arco de triunfo, y blasfemando contra el Señor, hizo asesinar á sus sacerdotes. La gloria y la prosperidad de David y de su hijo Salomon eran tambien un beneficio de Dios. Ambos abusaron sin embargo: el uno haciendo

practica y nos predica así la humildad, con el fin de enseñarnos á no complacernos con nosotros mismos y con nuestras obras, sino

el censo de su pueblo por un sentimiento de orgullo; el otro, oh! ingratitud horrible! levantando altares á los dioses extranjeros. Véis, pues, cuán grande es el peligro del honor, aun cuando se reciba de manos de Dios, sino se está solidamente afianzado en una profunda humildad de espíritu y de corazón. Tambien venian de Dios las palabras que el angel dirigia á Maria, cuando saludandola, élogiaba la grandeza de que estaba llena, y la proclamaba la más dichosa de todas las mujeres. La Santa Virgen, sin embargo, al oír este oraculo celeste, tan honroso para ella, principió á turbarse y á temer. Si esta Virgen tan prudente, y cuya humildad tenia profundas raíces, huye y teme los honores que Dios mismo le ofrece, qué debemos hacer nosotros que, engreidos al menor soplo de la vanidad, y más ligeros que una hebra de paja seca, buscamos con tanto ardor los honores y las dignidades de las cuáles tanto debemos temer? No es esa una prueba bastante evidente de la enfermedad y ceguedad de nuestras almas que codician lo que les es perjudicial, y rechazan lo que les es saludable? (Granada. *Serm.* Fiesta de la Purificacion, *serm.* 4). — Séd humildes delante de Dios: no se podrá admitir que esto sea muy difícil. Sédlo á vuestros propios ojos; no parece tampoco que esto sea una tarea muy ardua. Sédlo á la vista del prójimo: esto es menos fácil, pero exigible, y completamente indispensable. Séd humildes interiormente, sédlo exteriormente; sédlo de todas maneras, sédlo siempre. En verdad, aunque no fuése más que por odio á este monstruo absurdo y horrible que es el orgullo, y por despecho, por colera contra esta serpiente encantadora, pero embustera, ladrona, venenosa y mortal, que es la vanidad, deberíamos todos tener necesidad y pasión por sér humildes. Sér humilde, es sér veraz; sér humilde, es sér sencillo. Estimáis la falsedad de carácter? Estimáis la mentira? Podéis no apreciar lo que es humilde y verdadero? Permanecéd, pues, en la humildad: es la admosfera de la vida cristiana; es la casa natal de las virtudes; es la tienda en donde Dios reside y conversa con nosotros; es la fortaleza inexpugnable desde donde se desafia al mundo y al demonio; es el vestibulo de la gloria y la entrada á beatitud. *Bienaventurados los humildes, porque de ellos será el reino de los cielos.* (Gay, op. et loc. cit.)

á referirlo todo á Dios, solo autor de todo bien. Agradezcámos á la Santísima Virgen el habernos dado todas estas tñ excelentes y tñ saludables lecciones, y supliquémosla, al mismo tiempo, el obtenernos de su divino Hijo la gracia de andar sobre sus huellas. Que si, á esta gracia, unimos nuestros más sinceros esfuerzos, pero con esta condicion solamente, estémos seguros que á nuestra muerte Dios nos recibirá en compañía de la Santísima Virgen, en la mansion de su éterna felicidad. Asi sea :

#### Présentacion del Niño-Jesus en el Templo.

I. Lo que hace Maria en este misterio. — II. Lo que hace el Niño-Jesus.

*En áquel tiempo, en que Maria debia purificarse, segun la ley de Moises, llevaron á Jesus á Jerusalem, para presentarle al Señor, segun lo que está escrito en la ley. Todo primogenito será consagrado al Señor.* Asi, segun nuestro Evangelio, la solemnidad que celebramos en este dia no tiene por objeto solemnizar solamente el misterio de la Purificacion de la Santísima Virgen ; honrámos igualmente el misterio de la Presentacion de Nuestro Señor Jesucristo en el templo de Jerusalem, que se há realizado en el mismo dia, en el momento despues de terminadas las ceremonias de la purificacion legal Maria. Convendria, pues, hablaros de ambos misterios. Pero habiendo pensado que valia mejor concentrar toda vuestra atencion en uno solo, con el objeto de instruiros mejor, y habiendoós hablado del misterio de la Purificacion de la Santísima Virgen, no nos ocuparémos ahora más que del misterio de la Presentacion del Niño-Jesus en el templo, y considerarémos dos cosas : primera, lo que hace Maria en este misterio ; segunda, lo que hace el Niño Jesus. Las más importantes lecciones para llevar una vida cristiana se desprenderán naturalmente de estas dos consideraciones.

I. — *Lo que hace Maria en el misterio de la Presentacion del*

*Niño-Jesus en el templo.* — Principiémos por recordar las palabras de nuestro Evangelio : *Llevaron á Jesus á Jerusalem, dice, para presentarle al Señor, segun lo que está escrito en la ley. Todo primogenito será consagrado al Señor.* Esta ley de consagrar todo primogenito al Señor habia sido establecida por los Hebréos, como reconocimiento á la gracia que Dios les habia hecho, en la noche que precedió á su salida de Egipto, cuando el angel exterminador, matando á todos los promogénitos de los Egipcios, no tocó á los de los Hebréos. Estos promogénitos, asi consagrados al Señor, eran dedicados al ministerio del culto publico que los Hebréos tributaban á Dios. Pero, despues que la tribu de Levi hubo sido designada para llenar este ministerio, los primogénitos en el instante que habian sido ofrecidos á Dios, eran rescatados por sus padres, por el precio de cinco siclos, ó sea próximamente ocho pesetas de nuestra moneda, para reconocer su antigua servidumbre.

Maria, pues, despues de haber cumplido las ceremonias prescritas por la ley de la Purificacion, unicamente por humildad, puesto que no habia nada más puro que ella ; Maria cumplió con las prescritas por la ley de la presentación. Acompañada y ayudada por José, su muy piadoso, puro y afectuoso esposo, tomó á Jesus, su hijo, y lo presentó á Dios, entre las manos del sacerdote que presidia la ceremonia ; despues, habiendo pagado la suma fijada por la ley, le cogió y se lo llevó.

Asi se réalizaba la ceremonia de la Presentacion, que no tenia para las demas madres nada de grave. Pero no sucedió lo mismo con Maria. Instruida por el Espiritu Santo de los decretos de Dios sobre ella y sobre su Hijo, sabia que, al ofrecer al Señor su Jesus, era á la muerte á quién ella lo ofrecia, para la redencion de los hombres. Dios tenia necesidad de él para obrar esta redencion ; ningun otro no era de ello capaz. Pero Jesus pertenecia á su madre ; y Dios, que es la justicia misma, no queria tomarle su Hijo contra su voluntad. Era preciso, pues, que Maria consintiése que Jesus fuese la grande y dolorosa obra del rescate de los hombres. Y

es lo que ella hizo en este dia, en que no solamente dió su adhesión á los designios de Dios sobre su Hijo, sino que estuvo tambien presente, ofreciendole ella misma á Dios. Ah! gran corazon el de Maria! cuánto no amaba á este Hijo! Nunca madre alguna amó á su hijo, como vos amasteis á vuestro Jesus. Porque no era solamente vuestro hijo, era ademas vuestro Dios. No obstante, desde que su voluntad os es conocida, no vacilais; os asociáis á sus misericordias por los hombres culpables, y ofrecéis, por su salvacion, mil veces más que vuestra vida, vuestro Jesus muy amado!

Hé aqui, cristianos, cuál es la parte de Maria en el misterio de la Presentacion del Niño-Jesus en el templo; hé aqui lo que ella há hecho en esta circunstancia. Y ahora yo os pregunto: Podémos llamarnos los servidores de la Santisima Virgen, si viendola ofrecer por nosotros á Dios su unico Hijo, no sentimos por ella el más vivo reconocimiento y el más tierno amor? cómo! cuando una persona benevola dice una palabra solamente en favor nuestro, ó bien gestiona para sérnos util, multiplicamos nuestros reconocimientos, y nos ingeniamos para espresarle de mil maneras nuestra gratitud, ciertamente, que estamos muy distantes de decir que no hacemos bien. Pero, porqué obramos de diferente modo con la Santisima Virgen? Cuál es la madre que há jamás ofrecido su hijo á la muerte por nosotros? Si ninguna criatura há tenido por nosotros tanta abnegacion y amor cómo Maria, tengámos por ella más reconocimiento y ternura que por ninguna otra.

Pero sabéis como testimoniarémos mejor á Maria nuestra ternura y nuestro reconocimiento? Sabéis lo que podemos hacer que le sea más agradable? Es el imitarla. Maria, sometiendose á la voluntad de Dios, le há ofrecido lo que tenia de más querido. A ejemplo suyo, ofrecémos tambien á Dios, desde que conocemos su santisima voluntad, lo que más le agrada pedirnos.

Ricos, ofrecéd á Dios vuestros tesoros, consagrando lo que podeis sustraer de ellos á tantas obras santas que solicitan vuestra generosidad: el dinero de San Pedro, las misiones catolicas, las escue-

las cristianas, y tantas otras cosas semejantes. No es que Dios no pueda proveér completamente solo á las multiples necesidades de sus criaturas; sinó que en el orden establecido por su Providencia, él se sirve de nuestra mediacion para realizar sus propias obras. Ofrecémosle, pues, los bienes que él mismo há puesto en nuestras manos, consagrandolos á hacerle conocer mejor y, ademas, á bendecirnos en mayor numero de hombres. Qué honor para nosotros el de sér, en cierto modo, la mano de Dios en sus obras! Pero, al mismo tiempo, qué provecho! Maria nos es en esto el más perfecto de los modelos: porque há sido completamente fiél en ofrecer á Dios todo lo que le habia dado, y, en particular, su Hijo amadisimo, há sido colmada de más gracias que no lo há sido criatura alguna. Hagámos, como ella, por nuestra parte, y Dios nos bendicirá como la há bendecido.

Padres cristianos, el ejemplo de Maria parece que os interesa todavía más especialmente. Al ofrecer á Dios su Hijo, no os invita efectivamente á ofrecer á Dios los vuestros? Era para rescatar el mundo que ella ofrecia el suyo; pero creéis que si tál no hubiése sido su destino, se hubiéra dispensado de ofrecerlo á Dios? Nó séguramente, su alma estaba demasiado bienhecha, para no testimoniar á Dios su reconocimiento por haberle dado un hijó, ofreciendole este mismo hijo, cualesquiera que hubiessen sido los designios de Dios sobre él. No se hubiese ella mostrado inferior á la madre de Samuel, que yá habia dicho: *Yo habia suplicado á mi Dios que me diéra este hijo, y me há concedido la peticion hecha; es por lo que se lo entrego en vuestras manos, con el fin de que allí permanezca mientras viva*<sup>1</sup>. Ofrecéd tambien á Dios vuestros hijos desde que nacen; no debéis á Dios esta señal de vuestro reconocimiento? Ofrecédselos, padres cristianos; no es solamente vuestro deber, es tambien vuestro interes y el de vuestros recienacidos. No es évidente, en efecto, que Dios será conmovido por vuestra ofrenda, y que velará con una solicitud particular por vuestros hijos

1. I. Reg. XII, 7.

que, mediante este procedimiento, serán, en cierto modo, dos veces suyos? Pero acordádos bien de esto: vuestros hijos, una vez ofrecidos á Dios, por eso mismo que le pertenecen más, á vosotros os pertenecen menos. Será necesario vigilar sobre ellos con más cuidado, como se vigila sobre un bien del cuál no tenemos más que el deposito. Será preciso, sobre todo, no hacer nunca nada para desviarlos de Dios, porque esto sería arrebatárle vuestro dón. Por el contrario, deberiais tener cuidado de recordarles la ofrenda que habéis hecho de ellos al soberano Señor, con el objeto de que se adhiéran más estrechamente á él y le sirvan con una fidelidad que no se demienta nunca. Ah! cuántas familias cristianas ofrecerian edificantes espectáculos, si los padres se inspiráran siempre en el ejemplo que les dá Maria en el misterio de la Presentación <sup>1</sup>.

Este ejemplo, por lo demás, debe sér imitado no solamente por los padres y por los ricos, sino tambien por todos los cristianos en general. Porque no existe persona que no tenga que ofrecer algo á Dios como prueba de su soberano dominio, probarle su reconocimiento y solicitar nuevos favores. Abel ofrecia á Dios sus más hermosos corderos, y la viuda del Evangelio sus dos obolos. Ofrezcámos, pues, nosotros tambien, lo que tengámos, aunque no fuese más que un pedazo de pan ó un vaso de agua, y Dios no lo olvidará.

II. — *Lo que hace Nuestro Señor en el misterio, de su Presentación en el templo.* — Aunque el Niño-Jesus estuviése todavía en la más tierna edad, cuando fué presentado en el templo de Jerusalem, se engañaria grandemente el que creyera que no há tomado parte

1. *Le llevaron á Jerusalem para ofrecerle al Señor.* A ejemplo de Maria, las madres cristianas, despues de los partos, deben hacerse un deber el presentar, al pie de los altares, sus hijos al Señor, y recibir la bendición del sacerdote. Por ahí, a) ellas satisfacen, respecto de Dios, el deber sagrado del reconocimiento; b) consagran sus hijos á Dios, y llaman sobre ellos y sobre ellas las bendiciones divinas; c) piden á Dios la gracia de llenar dignamente sus deberes de madre, educando cristianamente á sus hijos (Dehaut, *El Evang. exp.* 1. p. 2. sec. p. 42.)

alguna en la ceremonia de que él era el objeto. La verdad es que tomó la primera y principal parte. Porque no sucedió con Jesus lo que con los demás niños. Estos no tienen, al nacer, el uso de la razon, no la adquieren más que poco á poco, á medida que crecen. Pero para Jesus, desde el primer instante de su concepcion, poseyó la plenitud de la ciencia y de la razon. Y si pareció no desenvolverse más que cómo los demás niños, fué para no revelar el misterio de su divinidad antes del tiempo marcado por los éternos decretos.

Cuando Maria fué á ofrecerle á Dios en el templo, cómo su bien el más precioso y el más querido, el divino Niño, que no poséia nada aqui bajo, ofreció á su Padre, todo su sér. En verdad, este sacrificio de si mismo, lo habia yá hecho desde su entrada en este mundo, cómo lo enseñan estas palabras que San Pablo pone en su boca en el momento de su nacimiento. *O Padre mio, los sacrificios de la ley han dejado de séros gratos; no quereis yá sangre de corderos y toros; yo vengo á ofrecerme á vos para remplazarles* <sup>1</sup>. Pero lo habia hecho en el secreto de su corazon, hoy, lo renueva publica y solemnemente, en presencia de Maria, de José, del sacerdote, de Siméon y de Ana la profetisa, que toma por testigos de su ofrecimiento. Parece que séa este grande espectáculo el que los antiguos profetas han visto á traves de los siglos, cuando han esclamado: *Oh hija de Sion, temblad de alegría, hê aqui que vuestro Rey viene á vos, vuestro Rey justo y soberano* <sup>2</sup>. *Un instante todavía, y el deseado de las naciones vá á venir, y el templo de Zorobabel, honrado por su presencia, excederá en gloria al de Salomon* <sup>3</sup>. *Oh Ysrael, vá á venir á tu templo el dominador que buskais, el angel del testamento por el cuál suspirais, hêle que viene* <sup>4</sup>. *La magestad del Señor entra en su templo por la puerta de Oriente, y le hace resplandecer de gloria* <sup>5</sup>.

Porqué, cristianos, este entusiasmo de los profetas á la vista del

1. Hebr. x, 5 y siguientes.

2. Zach. ix, 9. — 3. Agg. ii, 7, 8, 9. — 4. Malach. iii, 1. — 5. Ezech. XLIII, 4 y 5.